

Precursores de la literatura hispanoaficana: libros de exploración y viaje a la Guinea Española (ss. XIX-XX)

Trabajo de Fin de Grado



Facultad de Filosofía y Letras
Grado de Filología Hispánica
Curso 2019-2020

Autor: Alberto Esparza Hueto
Tutor: Miguel Zugasti Zugasti

ÍNDICE

1. Resumen y palabras clave	5
2. Metodología.....	6
3. Introducción: Guinea Ecuatorial, la hispanidad olvidada.....	6
4. Los libros de viaje en la literatura hispanoaficana	7
5. Cinco libros de viaje para descubrir la Guinea Española	8
6. Ciencia, entretenimiento y propaganda colonial: el porqué de los libros de viaje.....	9
7. Los robinsones desterrados: la autorrepresentación del escritor viajero	10
8. Explotación y evangelización: la empresa colonial a través de los libros de viaje.....	12
9. Sometidos y segregados: los nativos bajo el yugo colonial	14
10. La selva guineana: una <i>femme fatale</i> para los autores coloniales	16
11. Conclusiones: los libros de viaje, una puerta a la literatura hispanoaficana y un espejo de la colonización española en guinea	17
12. Bibliografía Citada	19
Anexos.....	20

1. RESUMEN Y PALABRAS CLAVE

Este trabajo tiene tres objetivos principales. El primero, explicar la literatura de viajes a la Guinea Española como un antecedente de la literatura hispanoaficana y reivindicar la importancia de esta última dentro de la literatura de lengua española. El segundo, averiguar si los libros de viaje a la colonia ayudan a entender la idiosincrasia del sistema colonial español en África Central y a descubrir cómo era la interacción con los nativos y con el entorno natural. El tercero, entender las motivaciones de los autores coloniales para escribir estos textos, descubrir sus temas de interés y medir el papel que juega en cada obra la autorrepresentación del *yo* viajero.

Palabras clave: Guinea Ecuatorial, Literatura colonial, Libros de viajes, Manuel Iradier, José Más Laglera, Joaquín Rodríguez Barrera, Emilio Guinea, Bartolomé Soler.

2. METODOLOGÍA

Para conseguir los objetivos propuestos, este trabajo analiza una selección de los cinco libros más representativos de la literatura de viajes a la Guinea Española, escogidos según criterios cronológicos (uno del siglo XIX y cuatro del siglo XX, hasta 1951) y de popularidad e influencia sobre la sociedad del momento.

Cada libro se analiza desde cinco parámetros que se corresponden con las realidades que el estudio se plantea averiguar: el propósito y motivación del viaje y de la obra; la autorrepresentación del *yo* viajero que proyecta el autor; la percepción de la empresa colonial; la imagen que se construye del nativo; y el papel de la naturaleza. Tras observar cómo operan estos parámetros en los cinco libros, se ponen en relación sus semejanzas y diferencias y se extrae una visión general de la literatura colonial sobre cada uno de los temas.

3. INTRODUCCIÓN: GUINEA ECUATORIAL, LA HISPANIDAD OLVIDADA

La relación entre España y Guinea Ecuatorial puede definirse como “la crónica del fracaso, de la impotencia y del desinterés” (Castro Antolín, Ndongo-Bidyongo y Martínez Carreras 1). Pese a los casi doscientos años de presencia colonial (1778-1968) y a tratarse del único país africano cuya lengua oficial es el español, Guinea Ecuatorial es la nación más olvidada del ámbito de influencia hispánico. La indiferencia respecto a este pequeño Estado contrasta con la importancia cultural que representa para la hispanidad, pues Guinea “es uno de los vértices del triángulo afro-hispano-americano que compone la geografía lingüística de la lengua española” (Ndongo-Bidyogo 2009). Lo propio ocurre con la literatura hispanoaficana, la gran ausente en el estudio de la literatura de lengua española y que tiene en Guinea su mejor paradigma.

La historia de la colonización de Guinea es un preludio del abandono que después ha sufrido en el imaginario colectivo. El periplo europeo en el Golfo de Guinea comenzó en 1472, cuando el portugués Fernão do Pó descubrió una isla de color esmeralda a la que llamó Formosa, después rebautizada en su honor como Fernando Pó y conocida hoy como Bioko. Durante los años siguientes, Fernão do Pó y Lope Gonsálvez recorrieron la costa africana adyacente y fundaron un territorio colonial desde la desembocadura del río Níger hasta la del río Ogüe, en el actual Gabón. La Corona de Portugal aún sumó un dominio más: la isla de Annobón, hallada en 1475. Portugal mantuvo la soberanía sobre estos territorios sin ejercer un control efectivo y en 1778 los cedió a España en virtud del Tratado de El Pardo (anexo 1).

Entre 1778 y 1843 las posesiones fueron nominalmente españolas, pero sin presencia ni dominio real. Tal fue la desatención que Gran Bretaña se estableció en Fernando Pó en 1827, donde fundó comercios, misiones protestantes y hasta la primera ciudad, Clarence City, convertida después en capital colonial con el nombre de Santa Isabel (hoy, Malabo). En 1841, España acordó vender la isla a Inglaterra por 60.000 libras. La oposición de la opinión pública frenó la transacción y obligó al Gobierno a reafirmar su soberanía en Guinea, pero el interés se desvaneció pronto.

Sólo tras el Desastre del 98 redobló España sus esfuerzos por afianzar el control, pero llegó tarde y débil ante otras potencias. El Tratado de París de 1900 redujo las fronteras de la Guinea Española continental a 26.000 kilómetros cuadrados de los 300.000 que España reivindicaba (anexo 2). La extensión de la colonia, similar a la de Galicia, quedó constituida por poco más de 28.000 kilómetros cuadrados entre la región continental (26.000 km²), Fernando Pó (2.017 km²), Annobón (17 km²) y las islas costeras de Corisco, Elobey Grande y Elobey Chico (19 km² en total) (anexo 3).

Las décadas entre 1900 y 1968, año de la independencia, representaron una “rápida colonización [...] principalmente en los aspectos político-social, y agrícola, industrial y

comercial” (Castro Antolín, Ndong-Bidyongo y Martínez Carreras 152). Durante ese tiempo, y en especial hasta la conversión de los territorios en provincia (1958) y en autonomía (1964), se estableció un régimen equiparable al *apartheid* sudafricano, con espacios y productos reservados para blancos y una relación de subordinación entre el jefe-blanco y el siervo-negro de la que sólo escapaban los ‘emancipados’, condición que las autoridades dispensaban a los nativos con cierto grado de aculturación occidental y que los igualaba parcialmente al blanco.

La independencia se acordó para el 12 de octubre de 1968, fecha simbólica que pretendía sentar un buen precedente para unas relaciones bilaterales que pronto se truncaron. Cincuenta años después, la historia entre la República de Guinea Ecuatorial y España sigue siendo la crónica de un desencuentro:

Los dos países siguen de espaldas uno del otro, con un progresivo distanciamiento y desconfianza por parte de Guinea Ecuatorial y con una persistente incomprensión y falta de entendimiento por parte de España. (Castro Antolín, Ndong-Bidyongo y Martínez Carreras 219)

Todo ello a pesar de que el pueblo ecuatoguineano nunca ha dejado de mostrar afinidad por el ámbito hispánico (europeo y americano) frente a la francofonía de sus países limítrofes (Camerún y Gabón) y a que su literatura nacional, aun ignorada por el público lector hispano, siempre se ha expresado en español.

4. LOS LIBROS DE VIAJE EN LA LITERATURA HISPANOAFRICANA

Existe consenso en emplear el marbete ‘literatura hispanoaficana’ para referirse a la literatura escrita en español por autores africanos. Dentro de esta, el caso paradigmático es la literatura de Guinea Ecuatorial, que, por tratarse del único país del continente cuya lengua oficial es el español, supone un terreno más fértil para la producción literaria que otras comunidades hispanohablantes de la región.

Desde y sobre Guinea Ecuatorial han escrito fundamentalmente dos tipos de autores: guineanos y españoles. Los primeros han conformado la literatura ecuatoguineana, dividida en un período colonial, antes de 1968, y otro de independencia, a partir de esa fecha. Los españoles produjeron literatura colonial española si escribieron antes de 1968 y poscolonial si lo hicieron después. Para agrupar ambas tendencias (la ecuatoguineana colonial y poscolonial y la española colonial y poscolonial), Clarence Mengue propone el término de ‘literatura hispano-guineana’, que aglutina “una corriente española, integrada por escritores españoles que sitúan su obra en Guinea Ecuatorial, y otra corriente guineoecuatorial, compuesta por autores guineanos” (2).

De este modo, la literatura hispano-guineana abarca “toda la literatura escrita en español y que tiene a Guinea Ecuatorial como objeto” (Mengue 25). Este concepto, además de facilitar el estudio de las obras que tratan sobre Guinea Ecuatorial, hace justicia a los orígenes de la literatura guineana (y, por extensión, hispanoaficana), que se encuentran en la literatura colonial española de la misma forma que las crónicas de Indias se estudian como el precedente de la literatura hispanoamericana. No en vano, los autores que fundan la literatura guineana, Leoncio Evita Enoy (*Cuando los combes luchaban*, 1953) y Daniel Jones Mathama (*Una lanza por el boabí*, 1962) escriben influenciados por la mentalidad y las publicaciones de la colonia.

Este trabajo se centra en la literatura colonial española que pone el foco de interés en el ámbito guineano, por ser el germen de la literatura hispanoaficana en general y guineana en particular. En concreto, abordaremos el género de los libros de viaje por tratarse de la primera, más fecunda y más representativa variedad de la literatura colonial española en Guinea, como afirma Carrasco González y recoge Clarence Mengue: “La literatura española [...] empezó a

hablar de Guinea a partir de la segunda mitad del siglo XIX con libros de viajes, recuerdos o memorias sobre la colonización” (27). Distinguimos aquí entre libros de viaje, género literario de tipo narrativo, y las memorias descriptivas, también basadas en viajes pero que conforman textos expositivos y no literarios. La literatura de viajes a Guinea, producida “por españoles directa o indirectamente relacionados con la colonización” (Bolekia Boleká 2005), tenía un objetivo común:

(Presentar) el ‘primitivismo’ o salvajismo de los guineoespañoles para deleitar a los lectores de la metrópoli española y justificar así la empresa colonial en aquellas tierras negras e ‘inhóspitas’, siempre desde los cánones religiosos y desde la misma superioridad cultural relativa del blanco. (Bolekia Boleka 2005)

En consecuencia, su estudio también permite conocer de primera mano la idiosincrasia del sistema colonial español en África Central.

Los libros de viaje son “un género narrativo inspirado en la experiencia del viaje” donde “los autores describen sus experiencias o vivencias y las dificultades halladas en la tierra ajena” (Mengue 36). Basados en experiencias autobiográficas, pueden tener un grado de ficcionalidad bajo (diarios de viaje), medio (viajes novelados) o más elevado (recreación de viajes imaginarios). Aunque en el corpus de este trabajo hay ejemplos de los tres casos, todos los libros analizados se inspiran, con mayores o menores ensanches literarios, en viajes reales que sus autores realizaron a la colonia.

5. CINCO LIBROS DE VIAJE PARA DESCUBRIR LA GUINEA ESPAÑOLA

Fragmentos de un diario de viajes de exploración en la zona de Corisco (Manuel Iradier, 1878) es propiamente el primer libro de viaje a la Guinea Española. Anteriormente se habían publicado memorias sobre la colonia, pero carentes de tensión narrativa (como *Memorias sobre las islas africanas de España*, de José de Moros y Morellón et al., 1844; o *Memoria de la isla de Fernando Póo*, de Jerónimo Usera y Alarcón, 1848). El de Iradier recoge su primera expedición a la Guinea continental (diciembre 1874 - enero 1876), donde recorre la Bahía de Corisco y la costa adyacente, por la que asciende hasta Cabo San Juan y desciende hasta Punta Butica, en el estuario del Muni. También se adentra en algunos ríos continentales: Ñaño, Muni y Bañe. Consta de dos partes. La primera es un diario en que registra cronológicamente las expediciones, vivencias y encuentros más significativos. La segunda es una suerte de memoria en que compila en tono científico conclusiones geográficas e históricas y algunas reflexiones a las que llega a su regreso.

En el país de los bubis (José Más Laglera, 1919) es, para Ramón Trujillo, según recoge Mengue, la obra del “primer verdadero novelista colonial”, que “refleja la magia y el salvajismo, el paternalismo, las cacerías y descripciones que le convierten en un modelo seguido por otros autores de su época” (37). Es a la vez un libro de viaje y de recuerdos que plasma las vivencias, impresiones y relatos reunidos por el autor tras su estancia en Fernando Póo durante siete años. Se divide en tres partes. La primera, *De Cádiz a Fernando Póo*, es una crónica de la travesía en barco de su primera expedición. La segunda, *Bajo el cielo tropical*, es una colección de estampas fragmentarias con descripciones de lugares, personas, momentos y recuerdos. Y la tercera, *Fantasías africanas*, contiene seis relatos cortos que acarician la ficción y se inspiran en vivencias personales o en narraciones orales de sus amigos en la colonia.

Viaje vida y costumbres de Fernando Póo (Joaquín Rodríguez Barrera, 1931) es el libro que mejor representa la mentalidad colonial española del siglo XX, cargada de paternalismo y supremacía sobre el negro. Es a la vez una novela de viajes, un manual didáctico y un texto de

TRABAJO FIN DE GRADO

propaganda colonial. Su protagonista, el nativo Tomás Mobbe, es ficticio y un mero pretexto para que el autor recree un viaje a la Guinea Española con el propósito de instruir al lector sobre la idiosincrasia de la vida colonial. La historia, aun canalizada en un personaje imaginario, se inspira en los viajes reales que el autor emprendió a la isla. El relato intercala la narración con fragmentos de tono científico que informan sobre diversos aspectos de la colonia. Se compone de tres partes: la travesía desde Barcelona hasta Fernando Póo, análoga a la de Más Laglera; la expedición que el protagonista realiza a través de la isla para conocer su tierra; y una exposición de costumbres nativas que a juicio del autor deben ser erradicadas.

En el país de los pámués (Emilio Guinea, 1947) contiene en primera persona la expedición que el botánico Emilio Guinea llevó a cabo por la Guinea continental entre junio y septiembre de 1945 para “incrementar el conocimiento de la colonia” (Guinea 21) y “estudiar la vegetación espontánea de la zona” (129). Pese a estar imbuido de la mentalidad colonial, es, junto con Iradier, el autor que con más interés y deferencia se acerca al nativo. A excepción del primer capítulo, de tono científico, la obra es un diario de aventuras que narra cronológicamente y de forma trepidante las fases y hallazgos de la expedición.

La selva humillada (Bartolomé Soler, 1951), fue una de las obras “más leídas sobre Guinea Ecuatorial” en la época y “ofrece una fecunda exploración de los motivos y prácticas del colonialismo español” (Mengue 3). Relata en primera persona el periplo del autor por la Guinea continental a través de tres expediciones: una por el río Eñáño, otra por la isla de Corisco y una última a través de las selvas interiores. La afluencia de acontecimientos es escasa y abundan monólogos interiores que convierten la obra en un ejercicio introspectivo. Los temas más recurrentes son la superioridad del blanco sobre el negro y la selva en sí, con toda su fuerza, que se convierte un personaje más del libro. Su estructura es abierta, sin división por capítulos.

6. CIENCIA, ENTRETENIMIENTO Y PROPAGANDA COLONIAL: EL PORQUÉ DE LOS LIBROS DE VIAJE

Los libros de viaje a la Guinea Española responden a tres motivaciones principales: científica, recreativa y moralizante, si bien no siempre el propósito de la publicación coincide con el del viaje en que se inspira. Persiguen objetivos científicos las obras *Fragmentos de un diario*, de Manuel Iradier, y *En el país de los pámués*, del botánico Emilio Guinea. El primero califica su expedición de “pequeño paseo científico” (Iradier 82) emprendido “con objeto de ver si la costa occidental de África, frente a nuestras posesiones del golfo de Guinea, presenta un punto accesible para el interior” (3) y para recoger “noticias sobre el clima, las producciones y tribus del interior” (54). Guinea, por su parte, manifiesta que su viaje es un encargo de la Dirección General de Marruecos y Colonias para “incrementar el conocimiento de la colonia” (Guinea 21) y “estudiar la vegetación espontánea de la zona con miras a su aprovechamiento” (129). Sin embargo, niega que su libro persiga finalidades prácticas y le atribuye un sentido más trascendental, el de “recoger [...] las horas vividas en el bosque” para comprender espiritualmente la selva virgen (17). Es consciente, además, de que su obra pertenece a “una época que se extingue”, la de la visión colonial explotadora, y de que es por ello “uno de tantos adioses en el punto final al gran capítulo que abrieron los primeros viajeros animados por el espíritu del descubrimiento” (16).

El propósito recreativo corresponde a las obras escritas para el simple deleite del autor y de los lectores metropolitanos, como es el caso de *En el país de los bubis* (Más Laglera) y de *La selva humillada* (Soler). El primero aspira a reflejar su niñez y su adolescencia en un “libro de recuerdos” que contenga “la tristeza y el dolor de lo vivido” (Más 7). Sus viajes a Guinea, que comenzaron cuando contaba doce años, estuvieron motivados por el elemento económico: “No se trataba de un viaje de estudio ni de *sport*. Iba para colocarme en una factoría, con el ansia de ganar unas pesetas que se necesitaban en casa de mi madre” (7). Esta finalidad coincide con el

contexto histórico de su estancia, entre el final del siglo XIX y la primera década del XX, cuando empezó la dominación efectiva del territorio basada en la explotación comercial de los recursos.

Soler también busca compartir con el lector sus impresiones sobre el paisaje y la población nativa de Guinea, a las que da rienda suelta mediante reflexiones de corte filosófico y un tono introspectivo.

Viaje vida y costumbres de Fernando Póo tiene una intención moralizante, utilitaria y didáctica que Rodríguez Barrera desvela en el prólogo: “Dar al futuro colono aquel caudal de conocimientos imprescindible para que al encontrarse ante la realidad de una explotación agrícola de Fernando Póo no se sienta extraño y sepa amoldarse a sus exigencias” y contribuir “al progreso de nuestra colonización en el continente africano” (8). A través del viaje de un protagonista ficticio, Tomás Mobbe, el autor construye una suerte de decálogo de conductas del buen colono y del buen indígena, estas últimas cargadas de paternalismo.

Junto a estas motivaciones principales, las cinco obras comparten una legitimación del sistema colonial español y una exaltación de sus virtudes, más apasionada en algunos autores (Rodríguez Barrera, Guinea o Soler) y más implícita en otros (Iradier o Más Laglera), como se verá más adelante.

7. LOS ROBINSONES DESTERRADOS: LA AUTORREPRESENTACIÓN DEL ESCRITOR VIAJERO

A excepción del libro de Rodríguez Barrera, el resto son narraciones autobiográficas en primera persona donde los autores exponen una autopercepción de su yo viajero y proyectan una imagen del escritor colonial en Guinea y, por extensión, del español desplazado a la colonia. Esa imagen, que Más Laglera concreta en la metáfora del “robinson desterrado” (97), tiene rasgos análogos en Iradier, Más Laglera, Guinea y Soler y se caracteriza por la conciencia del destierro, la intrepidez y el temor a la enfermedad y a la muerte.

La conciencia del destierro es un sentir común a todos los autores coloniales y se basa en la nostalgia de España y en el sentimiento de soledad. Esto prueba que, frente a lo que sostenía el discurso oficial colonial, ningún español consideró nunca Guinea parte de su hogar nacional, sino un territorio inhóspito y exótico, como lo describía el geógrafo Abelardo de Unzueta:

Estos territorios (han sido) hasta hace bien pocos años una misteriosa colonia, sólo conocida por un pequeño grupo de gentes, mientras la mayoría sólo sabían de ella como foco de fiebres malignas, fruto de leyenda. (Unzueta, 7)

Manuel Iradier, en medio de un ataque febril, reflexiona sobre su papel de explorador y se ve como un “pobre viajero errante [...] entre tribus desconocidas, en comarcas insalubres, solo, solo, sin medios y sin esperanza de auxilio” (Iradier 28). A Más Laglera, tan pronto como desembarca en Fernando Póo, le embarga la desolación y se refugia en la melancolía: “Los recuerdos de mi patria surgen ante mí con toda su fuerza. Lo enigmático me rodea. Solo ante el cielo y el mar, me faltan fuerzas, me siento débil, enfermo, cobarde” (Más 76). Guinea, aunque se confiesa afortunado por conocer la colonia, una tierra “muchas veces soñada” (Guinea 37), tampoco es inmune a la conciencia nostálgica y solitaria del destierro:

Me sentí tan hundido en el bosque virgen, tan dislocado de mis costumbres de hombre urbano que sentí como un apremio inaplazable de que pasase aquella pesada broma de mi viaje al trópico y [...] se me reintegrara a mis costumbres habituales. (69)

Lo mismo le sucede a Bartolomé Soler cuando arrecian las dificultades del viaje: “Jamás, desde ninguna lejanía, sufrí tan hondamente este venturoso afán de mis paredes y mi tierra” (Soler 178). En otro momento, una penosa expedición en selva lo induce a verse abandonado a su suerte:

Creo en mi soledad por vez primera. Ajeno a sus devociones, ignorante hasta el sonrojo de lo que es un arma [...], me imagino solo, absolutamente solo, como si, obedeciendo a un entrañable y viejo anhelo, acudiese a una cita con la selva. (124)

Otro atributo del ‘robinson’ presente en todos los autores es la intrepidez, entendida como una actitud de valor y determinación ante las adversidades. Tan robinsoniana actitud se percibe bien en Iradier, que asume los peligros como parte de su elevada misión: “Viajando por África es poco común encontrar caminos llenos de flores; lo probable es que se hallen erizados de dificultades y peligros” (Iradier 34). En otro pasaje, el temor a la tempestad y la noche le sume en una zozobra que vence con valor y firmeza:

Noche de luchas morales. La idea del deber en pugna con la imaginación impresionada. ¿Qué debo hacer? ¿Avanzo o retrocedo? En este momento, [...] oigo a mi gente cantar temblando triste plegaria [...], y este canto siniestro devuelve el vigor a mi espíritu y exclamo: ¡Aurrerá! Mañana entre los antropófagos. (37)

Más Laglera también se percibe como un viajero valeroso desde su primer desplazamiento a Guinea, efectuado a sus doce años, cuando se jacta de ser “un hombrecito que viajaba solo y tenía bríos para luchar con el clima africano” y para enfrentar “los peligros de unas tierras enfermizas y solitarias” (Más 22). Emilio Guinea muestra igual arrojo ante las dificultades:

(El bosque) aparece como atrincherado tras una muralla de obstáculos, pero tal muralla puede ser perforada con tenacidad y esfuerzo y una vez salvado el obstáculo, si se tiene verdadero interés, se triunfa (Guinea 61).

Ese estoicismo lo lleva a verse reflejado en Iradier, figura que admira y a quien evoca mientras transita el Cabo San Juan, lugar recorrido por el vitoriano y recogido en su diario.

Soler sabe asimismo sobreponerse a los trances con facilidad: “Tras la crisis, siento como si el vigor y el optimismo y el ansia de vivir me nacieran otra vez” (Soler 22), e incluso idealiza su audacia y se equipara veladamente a Stanley y a héroes románticos como Lohengrin, el personaje de la ópera de Wagner: “A solas con mi equilibrio sobre la afilada proa de mi galera bastarda, me veo como un Lohengrin descarriado, sin clase que me guíe ni Elsa que redimir” (82).

El miedo a la enfermedad y a la muerte es otra constante de los autores coloniales al encontrarse en tierras tropicales. Iradier sufre unas fiebres que lo dejan “sólo con los huesos y sin pelo” (Iradier 22). Más Laglera presencia la muerte de varios colonos y se reconoce por primera vez con temor a morir: “Parece que ha caído sobre los blancos una maldición [...]. El más leve dolor de cabeza pone un anillo de angustia sobre mi corazón” (Más 145). A Guinea, en ocasiones, le parece que “el peligro de perder la salud es demasiado alto” (Guinea 39), y para Soler “la sed y el sudor son los más sostenidos de los tormentos, y el paludismo es la amenaza de todos los minutos” (Soler 11).

Soler es, de todos los autores aquí manejados, el que cultiva una imagen más megalómana de sí mismo, sustentada en la supremacía racial que se atribuye como hombre blanco y que en el fondo es reflejo de inseguridad. Siente una necesidad más acentuada que los demás escritores por definirse como el héroe blanco frente al ‘otro’ indígena, que desprecia intensamente.

8. EXPLOTACIÓN Y EVANGELIZACIÓN: LA EMPRESA COLONIAL A TRAVÉS DE LOS LIBROS DE VIAJE

Los libros de viaje son una fuente de gran valor para conocer el sistema colonial español, pues revelan información sobre sus dos cimientos: el proyecto sobre el terreno y la mentalidad metropolitana. Todos los autores del corpus participan de la legitimación del proceso colonizador y pueden considerarse representantes del pensamiento oficial. Algunos ensalzan ese proceso con entusiasmo digno de mejor causa (Rodríguez Barrera y Soler) y otros lo avalan de forma más mesurada (Iradier, Más Laglera y Guinea), pero todos lo asumen.

Hay dos autores, Iradier y Guinea, cuya expedición tiene por objeto contribuir a la consolidación de la colonia. Pese a ello, no son los que más páginas dedican a elogiar el proyecto colonial, aunque coinciden con los demás en enaltecer la labor ‘civilizadora’ de las autoridades y el clero. Así, Iradier celebra que un nativo educado con los jesuitas haya adquirido los conocimientos “necesarios para sobresalir entre la informe masa de los salvajes de su país” (Iradier 11). Guinea, por su parte, dice que “no son suficientes todos los elogios para ponderar la gran labor” que “el Gobierno español y los padres misioneros [...] están llevando a cabo en favor de las razas aborígenes” (100). No obstante, son también los dos únicos autores que se permiten leves críticas: Iradier lamenta que la “desidia” española haya impedido extender la colonia por una mayor superficie, y Guinea reprueba de forma velada la prohibición de los matrimonios mixtos: “La legislación se afana penosamente en mantener erigida la endeble barrera que separa las razas” (48).

Más Laglera apenas se pronuncia de modo directo sobre el sistema colonial, más allá de alabar la obra educativa de las misiones. Sin embargo, *En el país de los bubis* es un perfecto reflejo de la vida colonial en Guinea a principios del siglo XX. Por un lado, revela que la población española allí afincada, clérigos y militares aparte, perseguía fines económicos y se ocupaba de factorías (centros de comercio) y plantaciones. Es una vida que Más Laglera caracteriza como tranquila y monótona, sin alicientes más allá de la lucha contra “la crueldad del clima” (Más 90) o los bichos, que “salen por todas partes y amargan la existencia” (91):

Poco a poco me había acostumbrado a la vida tranquila de la isla, sin otra emoción que la producida por la llegada del buque español [...]. Pasábamos los días en la tienda. Cerrábamos a las diez o las once de la noche, y entonces, lleno nuestro espíritu de nostálgicos recuerdos, recorriamos las calles del pueblo [...] y volvíamos a casa para entregarnos al descanso. (138)

Para paliar el tedio, Más Laglera se jacta de haber instalado el primer servicio de venta de libros en Santa Isabel, con *El jugador* y *Las noches blancas*, de Dostoiewski, como las primeras obras vendidas en la historia de la ciudad, según su relato. Otros retazos de la vida colonial que plasma incluyen la ausencia casi total de mujeres blancas en la isla, la frágil salud de los colonos y el *apartheid* oficioso que existía entre blancos y negros. Una prueba de ello son las fiestas, donde “negras y negros danzan por las calles al son del bombo” mientras “los blancos beben y brindan por España” en la galería del Gobierno civil (Más 144). Del mismo modo, el libro confirma que las relaciones entre blancos y negros eran de subordinación jefe-siervo. Sin ir más

TRABAJO FIN DE GRADO

lejos, Más Laglera dispone de un criado negro del que dice que por las noches, “como un perro”, vigila “noblemente” su sueño “recostado sobre la puerta de la alcoba” (106).

Viaje vida y costumbres de Fernando Póo, de Rodríguez Barrera, es la perfecta representación del discurso colonial español y una obra propagandística del proyecto de España en Guinea. El libro presenta una lucha entre civilización, encarnada por los blancos y por los nativos occidentalizados, y barbarie, personalizada en los nativos que se resisten a la influencia europea. En este sentido, Tomás Mobbe, el protagonista ficticio del viaje, reúne todas las virtudes del ‘buen indígena’ a ojos de las autoridades: educado en España, sumiso a los colonos y aborrecedor de las tradiciones de su pueblo. La pugna entre civilización y barbarie se ejemplifica poniendo en contraste a las familias nativas que han abrazado el catolicismo frente a quienes lo rechazan. Así, se dice de las primeras que “viven decentemente y trabajando cómodamente [...], no como sus paisanos los desgraciados infieles” (Rodríguez 75). El libro mitifica la labor evangelizadora de los misioneros, que se eleva a factor legitimador de la empresa colonial. Se dice de ellos que “van a Guinea con la única ambición de convertir a los salvajes al catolicismo y así ganar la gloria del cielo” (13).

Tomás Mobbe se dedica a pontificar entre los suyos sobre “las ventajas del progreso, de nuestra civilización”, que ve garante de “un mayor bienestar” (Rodríguez 136). Las conferencias que da a los suyos durante su viaje por la isla fomentan la imitación del estilo de vida y costumbres del blanco, a quien atribuye la abundancia y la paz de su tierra:

Gracias a la dominación española, [...] nuestro país vive en paz, pues en tiempos anteriores las guerras eran continuas debido a nuestro espíritu belicoso que nos llevaba a la pelea para vengar una ofensa [...] e incluso por el gusto de guerrear. (Rodríguez 141)

La narración alcanza el extremo del paternalismo hacia el nativo en el capítulo titulado *Venus negra para hombre negro*, donde el autor proscribía el mestizaje. Además de ofrecer su visión sobre la empresa colonial, el libro contiene retazos sobre la vida de los colonos. Coincide con Más Laglera en que “la vida del europeo se desarrolla en los cargos burocráticos de una parte, y de otra en la vida agrícola y comercial” (Rodríguez 62). También en línea con él, recoge la monótona vida de los españoles que residen en Guinea, cuyas diversiones se limitaban a “un par de cines que funcionan en días señalados, algunos bares, bailes, campo de fútbol, tenis. etc.” (64).

Bartolomé Soler es el autor que se muestra más descarnado y directo en la reivindicación de los aspectos más negativos del sistema colonial. Se vanagloria, por ejemplo, de explotar para su beneficio a la población negra inspirándose en la dinámica colonial:

Puedo valerme de su miseria y su codicia para explotárselas, pagándole, si puedo, en calderilla lo que valga oro. Identificado ya con los sistemas coloniales—acreditados allá donde se hallen un *colonizable* y un *colonizador*—, no he de vacilar en valerme de su inferioridad y su ignorancia para esquilmarle. (50)

Por otra parte, elogia la labor misional en los mismos términos que los restantes autores, y la describe como la “mano evangélica y castellana que iza la cruz y agoniza madurando el alma negra para que llegue a entender” (55).

9. SOMETIDOS Y SEGREGADOS: LOS NATIVOS BAJO EL YUGO COLONIAL

Los libros de viaje a la Guinea Española permiten descubrir la imagen que tenía del nativo la mentalidad oficial colonial, de la que los cinco autores son representantes, así como el estatus y trato que allí recibía. Todos comparten una visión supremacista de los aborígenes, mitigada sólo cuando están europeizados o son acomodados, con lo que su percepción es a la vez racista y elitista. La conciencia de superioridad se acentúa especialmente en Soler y Rodríguez Barrera, es ambivalente en Más Laglera y más atenuada en Iradier y Guinea. Todos, en cualquier caso, entablan con los nativos relaciones de tipo jefe-blanco y siervo-negro. El único elogio en el que todos coinciden es el de resaltar su fuerza física.

Iradier y Guinea muestran un interés científico, antropológico y cultural por conocer y comprender a los nativos y son quienes les dispensan un trato más humano. Ambos los analizan con curiosidad, conviven con ellos y, aunque no los consideran iguales, llegan a mirarlos con admiración. Iradier a menudo se dirige a ellos en su lengua: “Al verme, se detienen por un momento y los saludo *Ami pamue; vfulane-áááá- amyfulo*” (38). También se esfuerza por entender y justificar algunas de sus costumbres, como el fetichismo. Dentro de la dinámica jefe-siervo que opera con sus acompañantes negros, tanto él como Guinea les dan cierta voz y someten a consulta grupal algunas decisiones. Iradier exhibe cierta identificación con los nativos de su cuadrilla, a los que llama “mis gentes”, hasta el punto de que cuando uno es atacado por una tribu rival, se lanza a defender su vida. También salvaguarda su dignidad cuando en un poblado se refieren a ellos como esclavos: “Esta gente que traigo no son esclavos, sino servidores que me ayudan por un salario, estando libres para marcharse cuando quieran” (38). Sin embargo, no escapa de la visión dominativa y explotadora de la época: “Es preciso [...] no tolerar nunca la más pequeña falta sin aplicarles, triste es decirlo, un severísimo castigo” (87).

Guinea confiesa que el negro le inspira “simpatía, curiosidad y admiración” (133). Le atribuye un alma “laberíntica como un bosque”, pero una mentalidad que “no pasa de los conceptos elementales” (133). Pese al paternalismo, elogia su destreza para orientarse en la selva, que a su juicio “vale por toda la cultura del blanco”, y su “sólida complexión, maciza y elástica” (133). En algunos momentos trata de proyectar una imagen más moderna y aperturista, pero acaba delatándose como supremacista. Ocurre cuando para criticar la prohibición de los matrimonios mixtos, ensalza a la mujer negra afirmando que su “rudeza primitiva y negra resulta grata a la viril delicadeza del hombre blanco civilizado y refinado” (48). El contraste rudeza/delicadeza y primitivismo/civilización prueba que su psicología sigue basada en la inferioridad de los negros.

Más Laglera revela información sobre el trato de sumisión y servidumbre que la colonia dispensaba a los nativos y el *apartheid* oficioso que regía. Durante una excursión, desembarca de un cayuco a hombros de un remero negro y, una vez en la arena, sus compatriotas blancos y él comen en distinta mesa a la de los nativos. Al visitar la misión claretiana de Banapá, cuenta que los niños bubis se quitan las boinas a su paso, con respeto casi reverencial. Y en Santa Isabel, durante una fiesta, anota que “los grupos (de negros) se abren respetuosamente para dejar paso al hombre blanco” (152). El maltrato físico a los trabajadores negros aparece también normalizado. Aunque no lo practica, asiste impasible a una “lluvia de bofetones y patadas” (Más 167). que un capataz propina a un empleado sospechoso de robo.

En cuanto a su visión personal del nativo, el respeto con que los mira es proporcional a su nivel sociocultural o a su cercanía a los blancos. De los fernandinos, la aristocracia negra de Santa Isabel, admira su “ejemplar tolerancia” y su fe (95). Durante una fiesta, baila y trata con galantería a una de ellos, y a otra la describe casi mitificada: “El tipo africano se ha afilado, se ha espiritualizado en esta mujer”, en cuyos ojos ve palpar “toda la lujuria de la flora tropical”

(105). En cambio, de los bubis, la etnia originaria de Fernando Póo, dice que tienen “todas las señales de la imbecilidad retratadas en el rostro” (96). A los braceros, la mano de obra de la colonia, los describe con “espaldas de gigantes, pechos hercúleos y brazos de líneas viriles”, que relaciona con la sangre “de las razas primitivas” (21). Para mayor denigración, refiere que despiden un hedor a “carne de negros; penetrante y molesto en sumo grado” (32).

Pero sin duda, quienes manifiestan una opinión más descarnada y humillante sobre los nativos son Rodríguez Barrera y Bartolomé Soler. El primero escenifica, como Más Laglera, la diferencia entre los negros fernandinos y los autóctonos: “(Los fernandinos) habían logrado [...] disponibilidad económica suficiente para darse vida de europeo” (Rodríguez 56). Respecto a la desigualdad entre blancos y negros, describe cómo en el sistema colonial los españoles se reservaban los empleos de más exigencia, mientras el “personal indígena” se encargaba de los que no precisaban “el esfuerzo intelectual o responsabilidad, que es la forma de trabajo característica de europeo” (62). De los braceros tiene una percepción tan degradante como la de Más Laglera, pero alcanza su postura más extrema cuando denuncia el mestizaje entre blancos y negros:

(Nos referimos a los) inconvenientes y trastornos que produce con frecuencia la mezcolanza de las razas blancas y negra, hija de un impulso sexual irreflexivo con grave detrimento de la pureza y perfección que debe existir siempre en la obra de la naturaleza. (Rodríguez 152)

Soler, por su parte, es sumamente despiadado en sus menciones a los nativos, cuya inferioridad reafirma a cada ocasión. A modo de muestrario, algunas de las expresiones que emplea para aludirlos son: “cinturón de carne negra”, “humanidad de hollín y de cochambre”, “ejemplares conservados en alquitrán”, “piara de cerditos que corren sobre dos patas”, “residuos de la caverna”, “humanidad irracional y troglodita”. Si bien el menosprecio es la tónica común entre los autores coloniales, en él hay un retroceso tanto por su radicalismo como por el nulo esfuerzo que muestra en conocerlos. Este desinterés se refleja en varios momentos, como cuando corta una conversación con el rey benga Santiago Uganda por mera desgana: “Ni escucho lo que el traductor entiende que no debo ignorar. Le corto, incluso, con un ademán breve y tajante” (Soler 117).

Su incompreensión de los nativos, lejos de espolearle la curiosidad, le causa una frustración que vuelca sobre ellos. Ocurre, por ejemplo, cuando el idioma de los remeros que conducen su cayuco le hace sentirse abrumado:

Me veo como entre una dotación de alienados, y sospecho que mi superioridad racial la desdeñan esos cuatro ejemplares conservados en alquitrán [...]. El miedo de hace unos minutos se me convierte [...] en un afán de agredir, de azotar, de revolverme contra estos residuos de la caverna, sobre cuyas espaldas me parece ver aún la huella del látigo de los antiguos negreros (18).

Soler también va un paso más allá en la consideración de la esclavitud. Mientras el resto de autores manejados la rechazan sin paliativos, él se permite trivializarla: “Sólo el ansia imitativa los acerca exteriormente al hombre, para que al menor rasguño salga otra vez su querencia a la esclavitud” (105). Lo único que les concede, como los demás escritores coloniales, es la virtud de la fuerza física: “Sus brazos me recuerdan la dureza y el brillo de las astas negras, y cada tórax me anuncia el triunfo físico de esta raza desventurada y miserable” (18).

10. LA SELVA GUINEANA: UNA *FEMME FATALE* PARA LOS AUTORES COLONIALES

La naturaleza, y en especial la selva, están presentes en todos los libros de viaje a la colonia. Cobra un papel protagónico en Guinea y en Más Laglera y más accesorio en Iradier, Rodríguez Barrera y Soler. Los cinco coinciden en retratarla como una suerte de *femme fatale*, manantial de belleza hipnótica y de peligros que los deslumbra e intimida al mismo tiempo.

Se confiesan cautivados por la frondosidad de sus bosques y por la luz y el color que desprenden. Para Más Laglera, el verdor que inunda el paisaje es “una fiesta para los ojos enamorados de la luz” (73). Al llegar a Fernando Póo, le sobrecoge la “fertilidad prodigiosa” de una vegetación que “canta un himno de fuerza y de vida” y revela la “impetuosa lujuria de la naturaleza tropical” (76). Rodríguez Barrera también señala “la exuberante vegetación en que los árboles gigantes al juntar sus majestuosas copas cierran completamente el paso a los rayos solares” (102), y para Guinea la selva “encierra en una unidad magnífica todos los valores estéticos que el hombre ha llegado a discernir, y es como una infinita matriz o cantera del arte eterno” (78). También repara, como Más Laglera, en la fuerza del color verde, cuyos matices “convierten en un mosaico abigarrado aquella colosal masa de follaje” (42). Para Soler, el verde “estalla con una violencia metálica” y convierte el entorno en un “mundo de color de menta y de alfalfa” (7) dentro de una “exuberancia que grita su riqueza, su abundancia y su vitalidad” (8).

Sus descripciones también ensalzan el sol. Para Más Laglera, “hace palpitir la vida en un exceso prodigioso” (90), pero también causa un calor tan penetrante que aletarga el ritmo de la ciudad: “Se introduce en las casas un vaho cálido que enerva a sus habitantes como una fuerte dosis de opio” (166). Para Guinea, el sol también infunde vida y esplendor al paisaje:

Los contraluces dan unos esmeraldas y amarillos maravillosos, y por las laderas cubiertas del bosque se desparrama la luz del fuego del sol, con un murmullo sordo de vida plétórica que deja un olor acre, intenso y excitante (45).

Una particularidad de Guinea, tal vez por su condición de botánico, son los alegatos que hace en favor de la preservación y la integridad de la naturaleza frente a la intervención humana. Articula un discurso que se anticipa a las reivindicaciones ecologistas que surgirán mucho después y que contradice la filosofía colonial, basada en la explotación de los recursos naturales: “La selva virgen es un complejo vital, espontáneo y ajeno al hombre que este está destruyendo para beneficiar su materia prima” (17), y donde han sido “taladas a capricho grandes superficies sin que se tuviera en cuenta lo que podía resultar de aquello” (25).

Los cinco autores también se sienten amedrentados por la inmensidad de la selva cuando cae la noche o acechan tempestades y peligros. Iradier, el más valeroso, tiende a desafiarlos. Entre otros atrevimientos, atraviesa un camino poblado de leopardos, sigue las huellas de un elefante y participa en la caza de un búfalo. Sin embargo, una tormenta tropical consigue alterarle el ánimo:

El bosque, que me parece por momentos incendiado, se presta a todos los delirios de la imaginación exaltada: mi cuerpo postrado por el cansancio: el *rru, rru, rroi* triste del *damán*, indicando al merodeador nocturno de las selvas (37).

A Más Laglera le inquieta la noche en la selva, que a la luz de la luna se convierte en un paisaje misterioso y espeluznante: “La isla empezó a tomar un aspecto fantástico. Los árboles y

las puntas de tierra [...] parecían brazos inverosímiles y torsos de gigantes: algo alucinador, de ensueño y de pesadilla” (117). Rodríguez Barrera relata un paseo nocturno en términos similares: “Tomás veía en las sombras de las palmeras, plataneras, cacao y demás árboles tropicales, fantasmas que le salían al paso burlándose de sus quimeras y ensueños” (160). Dormir bajo la oscuridad de la selva impresiona hondamente a Guinea, para quien “la entraña negra de la noche en la selva cobija con su hondura todos los gritos de los animales y todos los ruidos alarmantes” (60). Y Soler, tan vanidoso durante gran parte del libro, se reconoce empedregado frente ante la exuberante vegetación: “Me abrumba tanta grandeza. Creo que soy una hormiga que camina al azar, un enano pretendiendo escalar alturas que sólo pertenecen al viento y a las águilas” (155).

11. CONCLUSIONES: LOS LIBROS DE VIAJE, UNA PUERTA A LA LITERATURA HISPANOAFRICANA Y UN ESPEJO DE LA COLONIZACIÓN ESPAÑOLA EN GUINEA

Este trabajo ofrece un punto de partida para investigar y entender los orígenes de la literatura ecuatoguineana, cuyo antecedente es la literatura colonial española y, en especial, los libros de viaje. No en vano, los primeros autores de la narrativa ecuatoguineana, entre los que se encuentran Leoncio Evita Enoy (*Cuando los combes luchaban*, 1953) o Daniel Jones Mathama (*Una lanza por el boabí*, 1962), escribieron bajo el influjo de la mentalidad colonial del momento. Conocer el pensamiento de la metrópoli, reflejado con fidelidad en los libros de viaje, permite comprender las motivaciones, temas e inquietudes de los primeros escritores guineanos, indispensables para la evolución de la literatura hispanoaficana.

Los libros de viaje a la Guinea Española revelan una realidad colonial contradictoria con el discurso oficial de la época, que insistía en la españolidad del territorio (elevado a autonomía en 1964 para mitigar el afán independentista) y en la integración del elemento nativo. Por el contrario, las obras aquí manejadas presentan la colonia como un paraje inhóspito y exótico objeto de explotación económica, de investigación científica o de deleite aventurero en el que los españoles adolecen de una profunda nostalgia por su país y tienen plena conciencia de encontrarse fuera de su hogar nacional. Además, dan cuenta de un régimen oficioso de segregación racial donde el nativo queda relegado a súbdito del blanco y a permanecer bajo su tutela. Mientras tanto, el español ocupa los cargos burocráticos y maneja la producción agrícola, el comercio y, en el caso del clero, la evangelización de los nativos.

Los escritores de libros de viaje asumen unánimemente la lógica colonial de la *civilización* contra la *barbarie*: blancos, autoridades y misiones católicas frente a los aborígenes que se resisten a la aculturación occidental. Todos los autores miran al autóctono con paternalismo y con un muestrario de prejuicios que sólo se repliega ante los nativos europeizados. Por lo general, sus descripciones los retratan animalizados, como bestias de carga con la única virtud de la fuerza física. Pese a lo que pueda parecer, la visión supremacista de los escritores coloniales no cede con el avance de los años. Al contrario, se aprecia mayor tolerancia en Manuel Iradier que en algunos de los últimos autores que viajaron a la colonia, y en particular en Bartolomé Soler, que supone el mayor retroceso en la aceptación del elemento indígena. Esto no implica que no hubiera autores capaces de desembarazarse del racismo colonial, pero fueron minoría y no trabajaron la literatura de viajes. Se puede destacar al etnólogo Íñigo de Aranzadi y Cuervas-Mons, que se integró en la cultura fang e hizo numerosas publicaciones sobre sus costumbres y su tradición oral.

Además de la empresa colonial y el elemento aborígen, los dos grandes temas de los autores de viaje a la Guinea Española son la propia expedición, que narran de forma autobiográfica, y la naturaleza, condensada en la impresión que les provoca la selva. Al relatar su expedición, los escritores proyectan una autorrepresentación de su rol de viajeros en la que se perciben a sí mismos como un ‘robinsones desterrados’, es decir, como trotamundos

caracterizados por la conciencia del destierro (nostalgia de su tierra y sentimiento de soledad), por la intrepidez (valor y determinación ante las adversidades) y por el temor a la enfermedad y a la muerte. La selva virgen guineana cobra algún protagonismo en todos los libros de viaje y es para los autores un espacio de fascinación e intimidación al mismo tiempo, de belleza exuberante y de peligros.

La literatura de viajes, por último, proporciona algunas claves para entender el olvido que Guinea Ecuatorial ha sufrido en el imaginario colectivo español. Tanto los autores como los colonos que aparecen retratados desprenden un alejamiento espiritual del territorio, una incompreensión de los nativos y una visión utilitaria del proyecto colonial —misiones católicas aparte— que tal vez expliquen la pronta ruptura sentimental entre los dos países, que comenzó con la independencia y que, triste es decirlo, persiste hasta hoy.

12. BIBLIOGRAFÍA CITADA

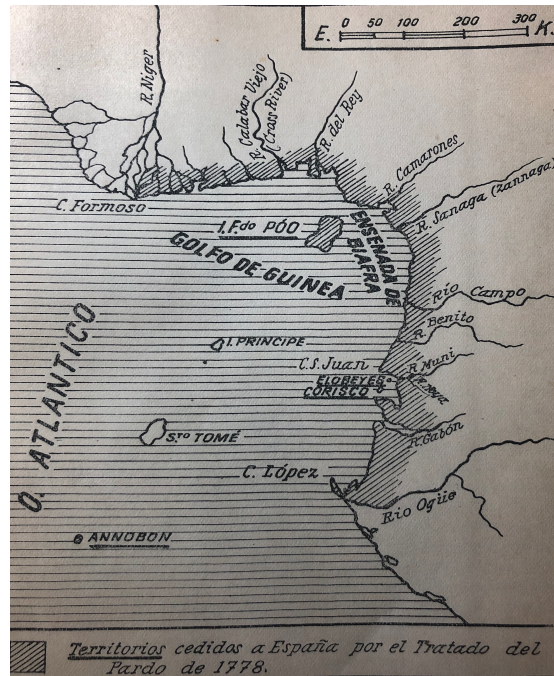
PRIMARIA:

- Guinea, Emilio. *En el País de los Pamues*. Madrid: Inst. de Estudios Africanos, 1947.
- Iradier-Bulfy, Manuel. Fragmentos de un diario de viajes de exploración en la zona de Corisco. Madrid: Impr. de Fortanet, 1878.
- Más Laglera, José. En el País de los Bubis. Escenas de la vida en Fernando Póo. Madrid: Sanz Calleja Editores, 1919.
- Rodríguez Barrera, José. *Viaje, vida y costumbres de Fernando Póo*. Barcelona: Vila, Aleu & Domingo, 1931.
- Soler, Bartolomé. *La selva humillada*. Barcelona: Ediciones G. P., 1951.

SECUNDARIA:

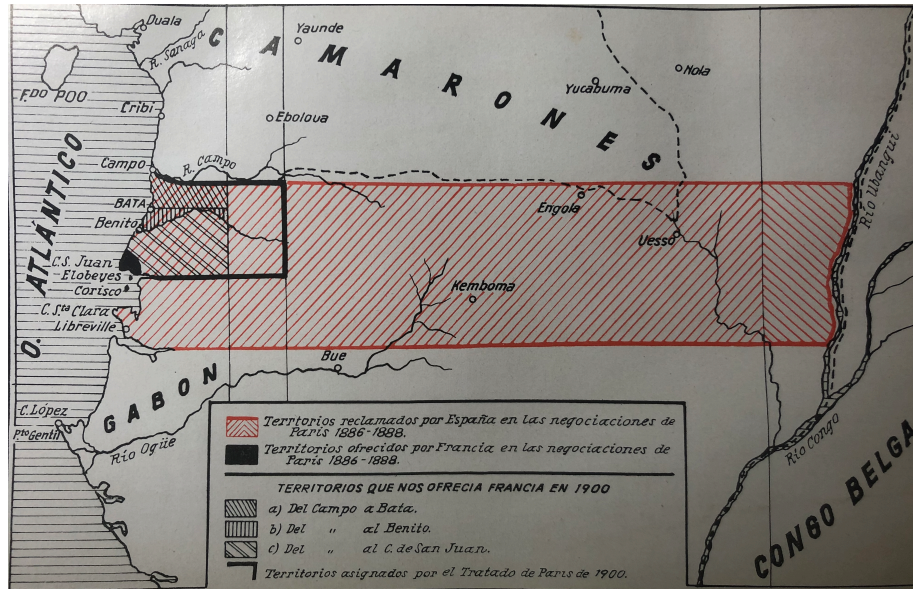
- Bolekia Boleká, Justo. “Panorama de la literatura en español en Guinea Ecuatorial”. *El español en el Mundo - Anuario Del Instituto Cervantes*. 15/05/2020. <https://cvc.cervantes.es/lengua/anuario/anuario_05/bolekia/p01.htm>
- Castro Antolín, Mariano De, Donato Ndong-Bidyongo y José Urbano Martínez Carreras. *España en Guinea*. Madrid: Sequitur, 1998.
- Mengue, Clarence. *El contexto colonial y poscolonial en la narrativa hispano-guineana*. Universidad de Alcalá, 2014.
- Ndong-Bidyongo, Donato. “Escribo para comunicar (entrevista)”. *Boletín de Cultura Afrohispana*. 15/05/2020. <<http://www.afrocubaweb.com/antonioromero/boletinafrohispana11-2009.pdf>>
- Unzueta y Yuste, Abelardo De. *Guinea continental española*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1944.

ANEXOS
ANEXO 1

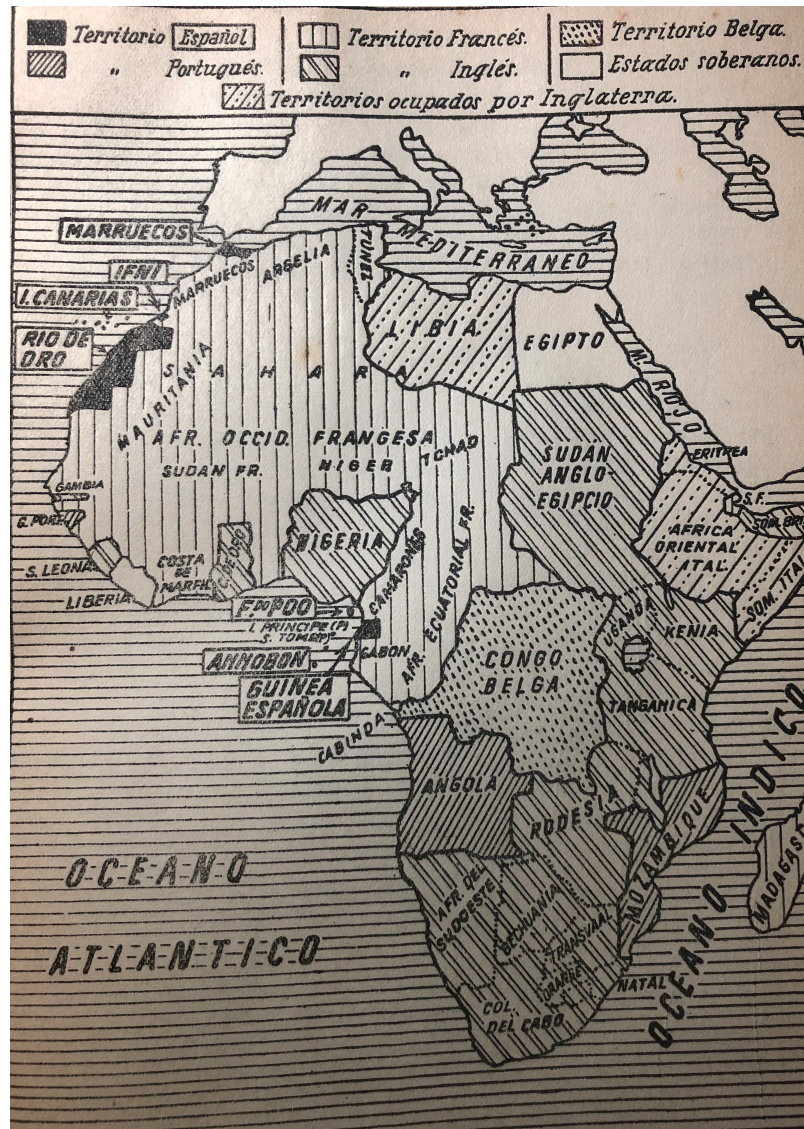


Territorios cedidos por la Corona de Portugal a España en Virtud del Tratado de El Pardo (1778). Tomado de Unzueta y Yuste, Abelardo De. *Guinea continental española*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1944.

ANEXO 2:



Reclamación territorial de España sobre la Guinea continental (en rojo) frente a la superficie adjudicada (recuadro negro) en el Tratado de París (1900). Tomado de Unzueta y Yuste, Abelardo De. *Guinea continental española*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1944.



Situación de la Guinea Española en el África colonial. Tomado de Unzueta y Yuste, Abelardo De. *Guinea continental española*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1944.